

Antología del relato negro III

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De sus respectivas obras: © Sasi Alami, Joaquín Lloréns, Fabricio de Potestad, Horacio Vázquez-Rial, Andrés Fornells, Arquímedes González, Carlos García Miranda, Rodrigo Pardo, Manuel A. Vidal, Teresa Galeote, Carolina Sánchez Molero, Francisco Peña, Joaquín Leguina, Isaac Belmar, Manuel Villa-Mabela, Álvaro Díaz Escobedo, María Zaragoza, Cristina Padín, Eva Díaz Riobello, Rosario Martínez, Alejandro Ruiz, Salvador Robles, Daniel Barredo, Mario Cuenca Sandoval, Joseba Iturrate, José Luis Alonso de Santos, Elena Marqués, Carlos Augusto Casas, Mila Guerrero, Kalton Harold Bruhl, Thais Nadal, Francisco Nieva y Miguel Ángel de Rus.

Marzo de 2011

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-90-3

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

<i>Número privado</i>	
Sasi Alami	7
<i>El gato negro</i>	
Joaquín Lloréns	15
<i>La noche más larga</i>	
Fabrizio de Potestád	31
<i>El paraguas de la virtud</i>	
Horacio Vázquez-Rial	41
<i>Negocios sucios</i>	
Andrés Fornells	45
<i>Nostalgia del bosque</i>	
Arquímedes González	51
<i>Balada del asesino romántico</i>	
Carlos García Miranda	55
<i>Escrito en la piel</i>	
Rodrigo Pardo Fernández	61
<i>El mejor negocio</i>	
Kalton Harold Bruhl	67
<i>El comienzo</i>	
Manuel A. Vidal	71
<i>Un frasco de perfume francés</i>	
Teresa Galeote	87
<i>El regalo</i>	
Jaime Palacios	99
<i>Una persona normal</i>	
Carolina Sánchez Molero	103
<i>Cortijo</i>	
Francisco José Peña Rodríguez	119
<i>Aquel martes</i>	
Joaquín Leguina	135
<i>Asesino</i>	
Isaac Belmar	149
<i>Las guardianas trillizas</i>	
Manuel Villa-Mabela	161
<i>El aprendiz de homicidios</i>	
Álvaro Díaz Escobedo	177

<i>Quiero mi navidad de siempre</i>	
María Zaragoza	185
<i>Y se llamaba bondad</i>	
Cristina Padín	189
<i>Una buena mujer</i>	
Eva Díaz Riobello	195
<i>El corredor de la muerte</i>	
Rosario Martínez	199
<i>Orden</i>	
Alejandro Ruiz	203
<i>La estela de silencio</i>	
Salvador Robles	209
<i>Miopía</i>	
Mario Cuenca Sandoval	215
<i>Temblor de dedo</i>	
Daniel Barredo	219
<i>Dos dedos</i>	
Joseba Iturrate	225
<i>Una verdadera mártir</i>	
José Luis Alonso de Santos	231
<i>El último que apague la luz</i>	
Elena Marqués	237
<i>La inauguración</i>	
Carlos Augusto Casas	241
<i>Ojos</i>	
Mila Guerrero	247
<i>Un alma despechada</i>	
Thais Nadal	253
<i>La tragedia feroz</i>	
Francisco Nieva	261
<i>De noche, una última vez</i>	
Miguel Ángel de Rus	271

Número privado

DE SASI ALAMI

SASI ALAMI (Madrid, 1965). Periodista y escritora, diplomada en Lengua y Cultura Árabe por la Escuela Universitaria Darek Nyumba. Diplomada en Lengua y Cultura Norteamericana por el Washington I.I. Recitautora del Centro Cultural Hispanoamericano de Bolinas (California). Columnista y escritora de la Revista Literaria *Wisdom & Art* y autora de los libros: *Relato Sacrilego*, *Extracto del Alma* y en Ediciones Irreverentes *Fragmentos de un sueño insomne* y *Manos de visión*. Ha participado en las antologías *Poeficcionario* y *Microantología del microrrelato*. Dirige un programa de radio, imparte Talleres de Escritura Creativa desarrollando su propio programa, da conferencias de tipo cultural y recitales en los que se conjugan la poesía y la música.

LUNES 13 DE ENERO. A las 21 HORAS

Hoy ha vuelto ha suceder, casi me atropella un coche mientras huía de esa especie de cifra oscilante vestida con gabardina clara y gafas oscuras, estilo *Bogart*. Y es que bien podría ser la fecha de un aniversario de boda, un número de la lotería al que uno se empeña en jugar, la clave de apertura del maletín de un mafioso, o una cifra codificada de ésas que aparecen en los sueños y a la que uno decide apostárselo todo en la Ruleta Rusa.

Pero al igual que cuando uno juega a las cartas y tras la intensa partida descubres que también los juegos son una simple imitación de la vida, y resulta que ni el rey es el rey, ni la reina es la reina, sino que su supuesto rango queda reducido a la humildad de un trocito de cartón manoseado. Y el caballo de oros de crines distinguidas y elegante galope, no es otra cosa que un rústico penco.

Hoy esa cifra oscilante, es el número de la habitación de un carísimo hotel del centro de San Francisco, en cuya suite se acicala una de esas mujeres de las de vida alegre, y gélido corazón de puertas giratorias. De ésas que a duras penas conocen lo que significa la palabra amor. Y cuyo único preámbulo sexual se reduce a una cena llena de risas, gestos falsos, mensajes confusos y muchas mentiras. He reservado una buena suite para reunirme con ella. Y ahí está, mi número de la suerte para las próximas cuatro horas; dos para una cena sin prisas y otras dos para ensayar los gestos del amor, con jacuzzi incluido y uno de esos malos y pretenciosos masajes que acaban produciéndome dolor de cabeza.

Me despierto sobre las 8 de la mañana cuando el camarero llama suavemente a la puerta con el carrito del desayuno. Dos *continentales* que incluyen frutas exóticas perfectamente cortadas, cruasanes calentitos, una flor blanca en cada bandeja y un periódico mañanero elegantemente enrollado con una cinta roja. Y ella sigue ahí, apretando

su cuerpo desnudo contra el mío. Enrollada entre las sábanas satinadas. Cuando la observo engullir los bollos, sorber el café, guardar las dos flores blancas en una pequeña agenda de bolsillo y chuparse los dedos mientras devora a cucharadas los dos botecitos de mermelada. Me doy cuenta de que tal vez desde la noche anterior soy yo su número de la suerte, su cifra oscilante con aspecto de *Bogart*, que fluctúa y juguetea por las calles como si fuesen gotas doradas de lluvia. Elijiendo a sus víctimas, a sus agraciados, o a sus verdugos. Hace tan sólo unas horas estuve a punto de ser atropellado por un cochazo en la Mission Street justo a la altura de Bernal Heights, mientras escapaba del siniestro número que parecía haberme asignado la vida para ese día. Y aquí estoy sintiéndome el boleto premiado de una pobre chica, vacía de afectos y cuyo corazón a buen seguro lleva tiempo caminando con muletas.

He prometido volver a llamarla, a los dos nos gusta el sexo duro, es limpia, huele bien, y no me deja mal cuando la llevo a lugares caros. Pero cada vez que le digo adiós a una mujer, nunca sé si estoy escapando de ella o de mí mismo. Tal vez unas horas más a su lado, una o dos citas más con ella y mi suerte podría cambiar. Incluso tal vez acabaría encontrándome con algo que no buscaba. Su soledad y la mía, podrían hacerse amigas, tal vez demasiado amigas...

MARTES 14 DE ENERO. A las 10 horas

Ahí está *Bogart* otra vez, apostado en una farola del barrio de la Misión en la ciudad de San Francisco, mientras observo que el diario californiano que finge leer, está del revés. Disimula, hace que no me ha visto, pero llevo días que cada vez que me doy la vuelta por la calle, sé que me está vigilando. Sé que muchos se identificarán con esa extraña sensación de ir caminando, y al dar un respingo y mirar hacia atrás alguien se mueve, cambia de posición, ralentiza el paso o incluso podría decirse que se pone a silbar mirando al techo.

Disfruto de un café capuchino con un típico y delicioso rollo de canela, y se acerca a mi mesa un vagabundo maloliente. Ya le han echado del local unas dos veces, pero él vuelve a entrar y esta vez se dirige hacia mí. Me pide algunos dólares para comprar comida, y yo le propongo invitarle a un desayuno completo con *muffens* de plátano y café caliente. El hombre acepta encantado, y siento tanta lástima por él, que además de pagarle el desayuno decido darle algunos dólares más.

Hoy la jornada parece transcurrir sin sobresaltos, sexualmente estoy al día, los negocios van bien, la densitometría de mi madre indica que su osteoporosis se ha estabilizado, no quiero que vuelva a romperse más los huesos. He pagado mis impuestos al fisco americano y a la salida del banco, cuando intentaba guardar el sobre de efectivo en el forro de mi abrigo, dos tipos con un machete de tremendas proporciones y con cara de pocos amigos me han rodeado exigiéndome el dinero.

La vida es un continuo número de la suerte o de la desgracia, esas cifras oscilantes que no cesan y se ocultan agazapadas en las esquinas sorprendiéndonos a cada paso. Creo que perdí el conocimiento, la sangre me asusta y me mareo. Lo único que recuerdo de ese terrible suceso es que aquel vagabundo a quien un par de horas antes invité a desayunar *muffens* de plátano y café caliente, y cuyo olor indescriptible y nauseabundo se había grabado a fuego en mi memoria, yacía en un inmenso charco de sangre. Mi sobre con algo más de tres mil dólares había desaparecido, y los dos delincuentes también. Jamás me había sentido tan culpable, aquel hombre vestido de harapos, y con las manos sucias y agrietadas había perdido su vida por ayudarme. Se había enfrentado a los delincuentes con la misma valentía y decisión de quienes ya no tienen nada que perder. Aquel hombre encontró en mí, su número de la suerte: «dejar de existir». Me sentí tan responsable de su muerte, que esperé a que el forense autorizase el levantamiento del cadáver. Entre sus únicas pertenencias encontraron un envase de píldoras, comprado minutos antes del incidente y

con elevadas dosis de *Alprazolán*. Dejar de existir, era esta vez la clave secreta y siniestra de sus cifras oscilantes.

Después de las setenta y dos horas de rigor *post mortem*, y en vista de que nadie reclamaba el cadáver del vagabundo, me hice cargo de su sepultura. Aquel hombre me había salvado la vida, a costa de la suya. Nos convertimos mutuamente en inesperados números de la suerte. Yo seguía vivo y sin un mal rasguño, y él había dejado de existir. Todavía recuerdo esa amarillenta etiqueta con un largo número que rodeaba el dedo gordo de su pie en aquel frío depósito de cadáveres.

Yo fui su número de la suerte, porque toda su existencia se reducía a una sola frase, sobrevivir en la miseria y en la más absoluta soledad. Él era un número privado en medio de la multitud a quien nadie espera, a quien nadie comprende y cuyo cadáver nadie reclama.

MIÉRCOLES 15 DE ENERO. 2 de la madrugada

Y ahí estaba él, otra vez *Bogart* moviendo los dados de la vida. Mientras la conocida y carismática vidente de la televisión local, no imaginaba que aquella sería su última noche. Estrafalaria y llamativa, ataviada con un turbante estilo oriental, un nivel tóxico de maquillaje en su rostro, y larguísimas uñas de porcelana con pequeñas piedrecitas incrustadas. Así volvió a presentarse ante esa audiencia fiel que cada noche la llamaba con la esperanza de que odiando su presente, las cartas de la suerte les vaticinasen un mejor futuro.

—¡Hola, cielo!, dime tu fecha de nacimiento y cuál es tu pregunta. —Dijo la vidente mientras movía sin cesar el mazo de Arcanos Mayores.

—Nací un trece de enero, mi situación sentimental es muy complicada, estoy a punto de cometer una locura y quiero que tú me aclares algo. Dime ¿Ella volverá? ¿Volveremos a estar juntos?

—Pues vamos a ver que dicen las cartas, no cruces las piernas por aquello de que se malignizan las energías, y no pienses en nada, más

bien deja tu mente en blanco. —Dijo la vidente mientras elegía al azar trece cartas del mazo.

—Pues mira, cariño, las cartas me hablan de una tercera persona. ¿Tú sabes si ella tiene otro hombre? —Dijo ella mirando penetrantemente a la cámara.

—Y es que la mezcla de la carta de los enamorados junto a la inmortalidad, significan que un cambio radical e irreversible está a punto de producirse en tu vida sentimental.

—Lo siento, cielo, no siempre las cartas nos dicen lo que querríamos escuchar.

Añadió la vidente con dulzura.

—Ya lo sé, muchas gracias y buenas noches.

Dijo él, mientras se apresuraba a ponerse el abrigo...

Subió despacio las escaleras de la emisora, mientras escuchaba la voz sensual de la vidente, hablándole a la cámara de amor, de desamor de destino. Subió las escaleras irrumpiendo en el estudio de grabación violando todos los controles de seguridad. Haciendo caso omiso al técnico de sonido y al regidor cuando éste le amenazó con llamar a seguridad. Sus cartas también estaban echadas y ésta era su partida. Apuntó bien a la víctima, y aunque le temblaba el pulso lo único que recuerda y que pudo decirle al jefe de la brigada de homicidios es que antes de dispararle a quemarropa se le escapó un último «te amo». Trece casquillos de bala y algunas gotas de sangre sobre la carta de la inmortalidad, el número trece del Arcano Mayor que la vidente ya sin vida aún sujetaba entre sus manos.

Qué más da si fue lunes o miércoles, si fueron las dos de la tarde o la medianoche. Qué más da si volví a encontrarme tres, seis o catorce veces más con la joven prostituta del hotel. O si la vidente de la televisión local eligió al azar el Arcano Mayor trece o dieciséis. Qué más da si cada instante de la vida se contabiliza en números. Si el tic-tac

NÚMERO PRIVADO

escrutador de un reloj no deja de recordarnos que cada segundo es un segundo menos de vida, un latido menos de nuestro corazón. Y a todos nos persigue por las calles un número privado, vestido de *Bogart*, de vagabundo, de mercenario a sueldo, o de vicioso recién salido de una de esas casas de mujeres de las de vida alegre. Pero esas cifras oscilantes no siempre pertenecen a la habitación cara de un hotel, en algún barrio residencial de San Francisco. O a la clave secreta del maletín de un magnate árabe, o al código de seguridad de una caja fuerte en Siracusa. Bien podrían ser el número privado, la carta que a nadie le gustaría elegir al azar en el gran juego de la vida.

El gato negro

DE JOAQUÍN LLORÉNS

JOAQUÍN LLORÉNS (1962, Bilbao, residente en Mallorca). Licenciado en Ciencias Empresariales por la Universidad del País Vasco. Durante dos décadas ha compaginado sus actividades como Director Financiero en diversas compañías y sectores, con la docencia en español e inglés, relegando durante un prolongado período la creación literaria a un segundo término.

En los últimos años, ha vuelto a centrarse en la creación literaria. Fruto de ello son las novelas *Citas criminales*, *Amor envenenado*, *Política criminal*, *Venganza criminal* y *Crimen de lesa Majestad*. Todas ellas comparten la misma protagonista, Beatriz, una investigadora no profesional y de personalidad algo excéntrica en sus relaciones afectivas. Las dos primeras han sido publicadas en 2009 y 2010 respectivamente, por Baile del sol. Las otras tres también está previsto que se publiquen en la misma editorial.

Es fundador, webmaster y articulista desde su creación, de la revista de literatura y creación www.agitadoras.com.

En la revista literaria trimestral «La bolsa de pipas», han aparecido impresos varios relatos policiales de otro de sus personajes, el inspector Cenizo.

Ha participado como articulista en varios números de la revista Quehacer Editorial y ha escrito numerosos cuentos y poemas, además del poemario *52 semanas*, participando en varias antologías poéticas.

Es miembro de RIEPA (Red Internacional de Editores y Proyectos Alternativos), donde mantiene activo un blog.

Con las manos dentro de los bolsillos de mi gabardina, caminaba cabizbajo y deprimido. En mis zapatos se iba acumulando el polvo que las numerosas casas en construcción habían arrojado sobre las aceras que tenía que transitar desde la estación de tren de Lloseta hasta la calle Fra Gajetá de Mallorca. Entre dientes, maldecía este trabajo, cuyas únicas gratificaciones en veinte años habían sido la ocultación de las pruebas que incriminaban a mi sobrino Tomeu en el asesinato de un camello y las esporádicas mamadas gratis de alguna prostituta sin papeles. Dos años atrás, una última vejación: Pep Masanellas había sido ascendido en mi lugar a inspector jefe pese a llevar cinco años menos en el Cuerpo que yo. Su virtud: ser de familia butifarra mallorquina, hablar catalán y dedicar sus energías al pelotilleo de sus superiores.

Por la mañana, Masanellas no había ocultado la sorna cuando me había llamado a su despacho.

—Cenizo, tengo un caso a tu medida. —Conformó una mueca torcida—. Han puesto una denuncia telefónica de violencia animal en Lloseta. Cuando vuelvas, pasa por caja para que te paguen las dietas. —¡Qué cabrón! Se refería al almuerzo reglamentario: café y bocadillo. El transporte en Ferrocarriles de Mallorca la Policía lo tiene gratis. —Aquí tienes toda la información que necesitas. Quiero un informe encima de mi mesa esta noche.

La «información» se limitaba al nombre de la denunciante —Cheneid Fuster—, su dirección en Lloseta, en la calle Fra Gajetá de Mallorca, y el motivo de la denuncia. Al parecer alguien había tenido la fea ocurrencia de dejar un gato muerto colgado en la puerta del número 68. A pesar de que me apetecía, decidí dejar el carajillo de *Amazonas* para después de la visita a la denunciante. Los últimos meses estaba bebiendo demasiado. Así que me fui directo hasta la estación de trenes.

El vagón del tren, casi vacío a esas horas, era un crisol representativo de la nueva Mallorca. Dos bolivianas —una con un niño de apenas dos años, moreno como un cuervo—, un africano alto, delgado y renegrido como el junco superviviente de un incendio, y una joven «gótica» con *piercings* en labios y nariz. Los *forasters*, como nos llaman a los peninsulares residentes en la isla, habíamos pasado a los ojos de los mallorquines, de ser la plaga, a ser lo menos malo. El asunto del difunto felino no prometía grandes emociones. Según escuché un día a *L'amo* en Toni, el *garriguer*, o guarda, de la finca Son Truyols, los *garriguers* acostumbran desde antaño a colgar en las ramas de los acebuches los gatos que matan, como muestra fehaciente ante el dueño de su celo por mantener protegida la caza de los gatos asilvestrados.

La calle Fra Galletá de Mallorca hacía frontera entre el pueblo y el campo, donde los almendros, despojados de sus hojas, parecían manos implorando clemencia al cielo. La casa debía de ser uno de los diez adosados grises con puertas blancas de reciente construcción que ocupaban una manzana. En la esquina de la urbanización se leía el cartel del IBAVI, lo que significaba que eran casas de protección oficial. En las décadas de los setenta y ochenta fueron un magnífico negocio y, a pesar de que se adjudicaban por sorteo, fueron muchos los políticos que se hicieron con una, gracias a un cupo que se reservaban. Aunque no se podían vender a precio de mercado, de hecho, se hacía, aunque pagando la diferencia en dinero negro. Hoy en día no hay tanta diferencia con las viviendas libres, con lo que los políticos mallorquines han tenido que inventarse nuevos cambalaches con los que aprovecharse de sus cargos.

Al llegar al número 68, en efecto, vi un gato negro que comenzaba a emitir el dulzón e intenso olor a descomposición. Colgaba por el cuello de una cuerda de esparto fijada a la puerta con un clavo. Solté la cuerda intentando no tocar el felino. La muerte tiene la desagradable costumbre de pegarte su olor a la piel. Lo más probable era que se tratara de una travesura de mal gusto de algún grupo de jóvenes del pueblo.

Un viejo, en bata y zapatillas, con un rostro surcado por unas arrugas profundas que delataban sus años de trabajo en el campo bajo el inmisericorde sol estival mallorquín, abrió la puerta vecina y me espetó:

—¿Por qué lo quita?

—¿Y por qué no?

—Es una advertencia y el morito no ha vuelto.

—¿Qué advertencia?

Sin dignarse a contestar, el anciano cerró la puerta.

No hice caso del probable demente senil. Intentando no respirar por la nariz para evitar el hedor, arrojé el gato sin miramientos al contenedor azul oscuro destinado a recibir los desechos orgánicos que encontré calle arriba, junto al horripilante teatro de Lloseta. Éste, con su gran pared de mármoles blanquecinos y grisáceos en mosaico y su prematuramente envejecida amalgama de cristales oscuros y hierros oxidados, era otro fruto de la dicotomía «ahorro en calidad versus comisiones», de las obras públicas de la isla.

Con cierta sensación de repugnancia en los dedos por el tacto de la cuerda, regresé sobre mis pasos hasta el 68 y pulsé el timbre varias veces sin obtener respuesta. En el buzón, el rectángulo destinado a contener el nombre de sus moradores, estaba en blanco.

Sin mucho entusiasmo, decidí visitar a la denunciante. En la acera de enfrente, y a poca distancia, localicé el número 37. Toqué el timbre. Al poco, la puerta se abrió y, para mí sorpresa, me encontré frente un perfecto ejemplar de irlandesa adornada con todos sus tópicos: pelirroja, blanca como la sábana de un fantasma y el rostro lleno de pecas naranjas. Le calculé unos cuarenta años y, a pesar de que su cintura se ceñía más a los cánones de belleza de Rubens que a los actuales, tenía su atractivo. Se me quedó mirando con cara de interrogación.

—Buenas tardes. Soy el inspector Cenizo. —Le mostré la placa—. ¿Es usted la señora Cheneid Fuster?

—Sí, pero mi nombre es Sinéad Fuster O'Connor, como la famosísima cantante.

Me deletreó el nombre para no dar lugar a equívocos. En lo más profundo de mi —últimamente poco ejercitado— cerebro recordé a aquella cantante tan guapa que disfrutó de un cierto éxito hasta que se afeitó la cabeza y le dio la paranoia de meterse con el Papa.

—Está bien, señora. ¿Ha llamado usted para poner una denuncia?

—Sí. En este villorrio son unas bestias.

Su español era casi perfecto. Me dio en la nariz que su madre irlandesa habría recalado en la isla atraída por algún picador en los setenta, quedándose a vivir aquí a criar el fruto de sus aventuras de alcorba, caso muy frecuente en Mallorca. En la isla las llamaban «las vietnamitas».

—Algún desalmado ha asesinado un gato y lo ha colgado en la entrada de aquella casa.

Señaló el ya familiar 68 con un delgado dedo que exhibía una buena manicura francesa.

—No se preocupe, señora. —La tranquilicé—. Ya me he deshecho del animal. Yo me encargo de que el malhechor reciba su merecido.

No sé por qué hablé con tanta rotundidad. El asunto seguía sin despertarme de mi apatía.

—Así da gusto. Se ve que usted es un policía serio, no como los de este poblacho. ¿Querrá usted creer que no han hecho ni caso de mi denuncia? El gato llevaba allí dos días. ¿Quiere tomar un café? —preguntó amable, quizás sorprendida por la aparente seriedad con que me tomaba el rocambolesco asunto.

Tres cuartos de hora después, más alegre tras el sorpresivo polvo con la hija de la irlandesa, me encontré de nuevo en la calle. Después de los resoplidos que concluyeron en un, algo teatral, orgasmo por su parte, y mientras me vestía, me aclaró que en el 68 vivían desde hacía unos cuatro meses, tres marroquíes: un padre y los que suponía que eran sus dos hijos adolescentes, con los que nunca había cruzado palabra.

El asunto, entre los afanes de la irlandesa y las enigmáticas palabras del abuelo, comenzaba a tener algo de interés, así que pensé dedicarle un poco de tiempo. Para empezar, me dirigí al bar *Bestard*, auténtico punto neurálgico del pueblo. Funciona desde el año 1931, es enorme y, como podría uno imaginar, algo vetusto: sillas metálicas con skay verde cuarteado y una barra de azulejos anaranjados con dibujos geométricos años sesenta. En algunos aspectos se había modernizado: dos pantallas gigantes permitían concluir que debía tener llenazo los días de partido. El despacho de lotería y las tragaperras, terminaban de evidenciar su condición de epicentro popular de Lloseta. Cuando entré, comprobé que la clientela estaba formada por una docena y media de personas; dos mesas de jubilados y, el resto, operarios de distintas profesiones ataviados con sus monos de trabajo; el conjunto de tertulianos que uno podía esperar encontrar allí un día laborable cualquiera a las doce del mediodía. Enseguida te percatabas de que allí se conocía todo el mundo. Los domingos, el paisanaje variaba bastante en los pueblos. Era el día libre de los numerosos marroquíes, argelinos, congoleños, sudaneses y sudamericanos que habían invadido pacíficamente los pueblos del interior de Mallorca los últimos años, atraídos por el efímero milagro económico español, que había resultado ser un gigante de cemento con pies de barro.

Me acodé en la barra y pedí un carajillo. El mundo me dejó de parecer tan sombrío. Ordené otro carajillo y me dediqué durante unos minutos a observar a los parroquianos. Todos conversaban animadamente e, incluso, algunos pasaban de la charla de un grupo a otro sin siquiera cambiar de sitio. A mi lado, el camarero, un joven alto —quizás engañaba el truco del doble suelo al otro lado de la barra—, sirvió un *Ricard* a un joven vestido con mono azul. Éste, asió la botella de sifón cubierta con un plástico amarillo que evidenciaba décadas de uso y le echó un poco de agua carbonatada. Bebidas así ya sólo se toman en los pueblos de interior, pensé. Estuve en un tris de pedir yo también uno. Jamás lo había probado, pero algo me decía en mi interior

que me arrepentiría, y no quería perder el delicioso regusto al café con ron *Amazonas*, así que lo dejé para un día que mi hígado se sintiera más intrépido.

Fumé un cigarrillo disfrutando entre las volutas de aquel ambiente casi extemporáneo, sin turistas ni prisas, que sólo se conservaba en algunos pueblos del Raiguer y que me hacía añorar mi primera juventud en la península.

Cuando, mediado el cigarrillo, vi al camarero desocupado, le interpele:

—Disculpa un momento. ¿Te ha hablado alguien de un gato que han colgado de una puerta?

El camarero se quedó petrificado, mirándome. A mis espaldas, sentí como un silencio sepulcral se abatió sobre el bar. No me molesté en mirar a mí alrededor. El brusco giro en mi dirección del que bebía el *Ricard* me confirmó, sin necesidad de girarme, que todo el bar dirigía su vista hacia mi persona. Insistí:

—¿Sabes por qué han colgado un gato de una puerta de la calle Fra Gajetá? ¿Es alguna costumbre llosetense? —sugerí.

—Noooo —negó balbuceante mientras sus ojos recorrían el bar, como buscando ayuda.

—Eso debe ser cosa de los quintos —acudió en su auxilio el hombre del *Ricard*.

Aunque el servicio militar hacía muchos años que no era obligatorio, en los pueblos, los jóvenes que cumplen los dieciocho aún siguen juntándose un día al año, organizando trastadas y llenando las paredes de pintadas con la leyenda «quinta del 2009» o del año que se trate.

—Eso debe ser —concedí poco convencido, pero seguro de que no iba a obtener ninguna respuesta más concreta.

El barman soltó una bocanada de aire, como si hubiera estado manteniendo la respiración.

Al no insistir, a los pocos segundos el bar pareció volver a la vida y a mis espaldas las conversaciones se reanudaron, como si esos

momentos de tensa expectación no hubiera existido. Pagué y me dispuse a marchar. Cuando me volví y paseé la mirada por los contertulios, percibí con claridad como todos me rehuían. Aquí pasa algo extraño, pensé.

Al llegar a la comisaria rellené el informe y, aprovechando que Masanellas no estaba en su despacho, lo dejé sobre su mesa y me marché a mi casa. No quería estar presente cuando lo leyera, pues no dudaba que intentaría machacarme con la futilidad de mis resultados. Con frustrada suficiencia, perdoné al erario su mísera dieta.

Tres días después, el viernes, Masanellas volvió a la carga. Desde su despacho, me gritó para que todos los compañeros pudieran oírlo:

—¡Cenizo! Deje lo que esté haciendo. Tiene otro gato para investigar. Ha vuelto ha llamar la señora Cheneid.

Por la repetición del error en el nombre de la fogosa denunciante, me percaté de que no había leído con mucho interés mi informe.

Hora y cuarto después, bajo un cielo otoñal encapotado y un fuerte viento que me agitaba el tres cuartos, me encontré de nuevo frente al grisáceo 68 de la calle Fra Gajetá, pero esta vez no había gato. O alguien se me había adelantado, o —pensé ilusionado— Sinéad buscaba otro revolcón y la llamada había sido una excusa para hacerme volver. Me dirigí al contenedor. Como me temía, encontré otro gato muerto con un cordel alrededor del cuello. Regresé al 68 y pulsé el timbre. Esta vez hubo suerte y, un par de minutos más tarde, un hombre de unos cincuenta años y tez magrebí me abrió la puerta.

—¿Sí?

—Buenos días. Soy el inspector Cenizo, de la Policía Nacional. Querría hablar un momento con usted. ¿Puedo pasar?

Mientras me dirigía a él, saqué la placa y se la mostré. El hombre me miró con cara de pánico. ¿Sería un inmigrante ilegal?

—Sí —contestó dubitativo haciéndose a un lado.

Me acompañó hasta un saloncito de muebles desvencijados. Allí, dos jóvenes de la misma raza, casi adolescentes, veían la televisión. El

hombre se dirigió a ellos en un idioma que supuse marroquí y ambos se levantaron de inmediato y se marcharon. Nos sentamos.

—Usted dirá.

—Verá... —comencé—. Hemos recibido un par de denuncias de crueldad animal. Por lo visto, alguien ha cogido la manía de ahorcar gatos en su puerta. ¿Qué me puede contar de eso?

—Mallorquines no quieren extranjeros —afirmó bajando la mirada al suelo.

¡Vaya por Dios!, pensé. ¡Menos mal que no quieren extranjeros! Y eso que toda la isla vive del turismo desde hace cincuenta años.

—Tratan de asustarnos. Ellos dicen: todos moros terroristas. Todos Al Qaeda —resumió en un castellano un poco chapucero.

Mantuvimos la conversación un rato más, pero no conseguí gran cosa, aparte de confirmar que él había tirado el segundo gato a la basura. Apenas obtuve su nombre, Ali Anouzla, el de sus dos hijos, Mustafá y Rachid, su nacionalidad marroquí, y que trabajaban a destajo en una construcción de Binisalem, el pueblo vinatero mallorquín por excelencia, cercano a Lloseta. Estaban de alquiler —cosa prohibida en las viviendas de protección oficial, pero cuya posible sanción no era de mi competencia— y resultó que tenían los papeles en regla. Supuse que su intranquilidad al identificarme se habría debido al temor patológico de los inmigrantes norteafricanos ante la autoridad. Tomé nota de sus NIE y, sin que se me ocurriera qué más preguntar, me marché.

Antes de regresar a Palma, pasé por la vivienda de Sinéad, para que, al menos, supiera que se había hecho caso de su segunda denuncia.

Me abrió la puerta con un negligé de seda negra que hizo que se me subiera la testosterona.

—Hola, inspector. Le esperaba —saludó, mientras mi mirada se imantaba a su escote—. ¿No quiere pasar? —preguntó con tono insinuante.

No obtuve ninguna información valiosa de ella. No había visto nada raro, ni a quien colocaba los gatos de la puerta, pero el revolcón resultó aún mejor que el de días atrás.

Ya en las oficinas del Paseo Mallorca, junto a la despejada Riera, que ya no podía contemplar desde que Masanellas me había cambiado de mesa, me puse a redactar el inocuo atestado. Estaba a punto de imprimirlo para firmarlo y dárselo a Masanellas cuando, por si acaso, introduje los datos de Ali Anouzla en la base de datos. ¡Sorpresa! El individuo aparecía allí, aunque como mero comparsa de sus hijos, Mustafá y Rachid, auténticos protagonistas de la ficha policial. Por lo visto, los angelitos habían violado un año atrás a dos niñas de Muro, otro pueblo del interior de Mallorca. Dada su condición de menores cuando cometieron los estupros, habían estado unos meses en el centro de menores de Es Pinaret, pero, por lo que yo había comprobado, volvían a estar en la calle. En verdad, el Código Penal vigente es cosa de locos. Entre los excesos de las leyes penales franquistas y las carencias de la actual, debe existir un término medio donde resida el sentido común, tan esquivo a nuestra clase política. Como era lógico, los magrebíes habían cambiado de pueblo, ya que en Muro, antes o después, les hubieran ajustado las cuentas. En los pueblos del interior de Mallorca, la gente no se anda con bromas. ¿Se habrían enterado en Lloseta de quiénes eran? En cualquier caso, escatimé el dato en el informe, pero decidí pasarme de nuevo el lunes por la casa del marroquí. Ahora comprendía su cara de susto cuando me identifiqué como policía.

El domingo fui a cazar al coto que mi viejo amigo Toni Pizá tenía alquilado en Santanyi, próximo a la enorme posesión de Son Danús. Era el día de apertura de la perdiz, el mejor de la temporada. Toni, a quien ayudé años atrás en un caso de contrabando que fue sobreseído, siempre se acordaba de mí en un día tan especial cinegéticamente. Para colmo de dichas, al finalizar la cacería nos esperaba una deliciosa *porçella*, la lechona mallorquina. La jornada estuvo bien. Me colgué dos perdices de la percha y casi todos los cazadores lograron el cupo. Ya en la caseta, sentados en gastadas sillas procedentes de alguna quiebra, y con un delicioso costillar con crujiante piel en

nuestros platos, la conversación fluyó con espontaneidad. Reinaba el acostumbrado ambiente masculino, casi obligatorio en los cotos de Mallorca. *L'amo* en Toni, como siempre, sacó de su cesto de mimbre una botella de vino de Santa Margarita. Con la arrogancia que da la experiencia, despreciaba el Rioja que bebíamos los demás, ya que para él era casi insípido comparado con el recio vino mallorquín. Desde sus, magníficamente conservados, ochenta años, nos entreteñía con anécdotas del estraperlo durante la postguerra. Entre ellas, una me divirtió especialmente: la del actual magnate agrícola de la isla, quien, para poder llevar cerdos desde su finca al lugar de venta, viajaba de noche y sentaba al cerdo, ya muerto y vaciado, en el asiento del copiloto, cubriéndolo con gabardina y sombrero. Lo cierto era que, si alguna vez la Guardia Civil lo detenía y descubría el pastel, el asunto se solucionaba con facilidad mediante un pequeño regalo en forma de alimento, tan escaso en aquellos años. Una vez retirados los platos y con la pertinente copa de whisky en nuestras manos, con la excepción, una vez más, de *L'amo* en Toni, que siempre llevaba en el capazo una botella de licor de caña, éste siguió relatando anécdotas mientras yo miraba la rayada realidad a través del vidrio gastado por miles de fregados.

—Aún recuerdo lo que sucedió con Toni Llompart —se arrancó—. «X», el contrabandista más importante del Levante, tenía un *secret*, donde guardaba el contrabando una vez desembarcado, hasta que se distribuía. Para regocijo de quienes estaban al corriente, estaba situado en medio de la carretera que iba desde Cala Murada hasta Calas de Mallorca. En aquel entonces, las carreteras no estaban asfaltadas y la Guardia Civil no podía imaginarse que allí, en medio del camino que patrullaban a diario, estaba el mayor *secret* de la zona. Pero Llompart, que era un vivo, se enteró de su ubicación exacta y, durante una temporada, fue hasta allí y se dedicó a sisar algunos cartones, pensando en que no le pillarían. Así ocurrió durante unos meses, pero al final fue descubierto. Nada se escapaba a los oídos de los con-

trabandistas. No le dijeron nada. Les bastó colgar un gato de su puerta. A buen entendedor... —concluyó echándose al colete un trago del licor de caña.

Casi se me cae el vaso de la mano. Esperé a que concluyera la sobremesa y me llevé a *L'amo* en Toni a un aparte.

—Toni, ¿qué has querido decir con lo del gato en la puerta? ¿Qué significado tiene?

—Es un mensaje. Significa que más vale que te vayas del pueblo si no quieres acabar en un pozo. Es parte de la Mallorca ancestral. Somos poco de gritar las cosas. Nuestros mensajes son más sutiles.

—Verás... —Decidí contarle el caso—. En un pueblo del interior le han puesto ya dos gatos a un marroquí en su puerta...

—¿A un marroquí? ¡Qué raro! Ese tipo de mensajes suelen ser de mallorquín a mallorquín... Aunque, espera. ¿De qué color eran los gatos?

—Negros. ¿Por qué?

—Lo siento por ese marroquí. Está arreglado.

—¿Qué quieres decir?

—El gato negro es la parca. A ese hombre le quedan dos telediarrios.

—¿Lo van a matar? —pregunté incrédulo.

—Me temo que alguien lo va a hacer. Lo extraño es que le hayan avisado siendo extranjero. —Se frotó la mandíbula con la mano, pensativo—. Quiere decir que es un escarmiento, no un crimen normal.

A pesar de mis nervios, no me pude marchar del coto. Me vino a la cabeza la broma que se cuenta en Mallorca: Al Capone en realidad venía a Mallorca, no a los Estados Unidos..., pero lo echaron de la isla por flojo. Tenía que avisar a ese hombre de que se fuera de Lloseta cuanto antes, pero Toni Pizá me había llevado en su coche, así que tuve que esperar hasta las ocho, hora en la que terminaron la botella y se decidieron a regresar a la ciudad. A toda prisa, me di una ducha, me cambié de ropa, y me dirigí en el coche hasta Lloseta. Pasaban las

diez y media de la noche y no vi un alma por las calles, cosa habitual en los pueblos durante el invierno; incluso en la capital. Cuando llegué a la calle Fra Gajetá de Mallorca, el silencio era inquietante. Ni siquiera se veían luces en ninguna casa. Aparqué delante del 68 y, en dos zancadas, me situé frente a la puerta. Toqué el timbre varias veces pero nadie me abrió, ni tampoco escuché ningún sonido. Entonces probé en casa de Sinéad. Tampoco me abrió, aunque hubiera jurado que allí había alguien. A la desesperada, probé en casa del anciano que había salido el primer día. Al poco, en bata y pijama, apareció frente a mí.

—¿Ha visto a sus vecinos, los marroquíes?

—El pueblo los ha *desaparecido*.

—¿Cómo que los ha *desaparecido* el pueblo?

Durante diez minutos intenté infructuosamente sacarle algo en claro. Lo único que hacía era repetir la misma frase: «El pueblo los ha *desaparecido*». La demencia senil del hombre parecía aguda.

Desconcertado, decidí pasarme por el cuartel de la Policía Municipal. Fui paseando hasta que, en las proximidades de la plaza de la iglesia, pude ver que allí se había reunido un gentío. Me acerqué con discreción y me introduje entre la multitud. En las escaleras, un grupo de personas recibía lo que parecía ser un gesto de pleitesía de otro grupo de hombres. Uno de cada grupo llevaba un bastón de mando. Creí reconocer en el que estaba situado arriba al alcalde de Lloseta. Pregunté a mi vecino más próximo entre susurros.

—¿Qué hacen?

—Son los de Muro. Vienen a agradecer al pueblo de Lloseta por haber hecho justicia.

—¿Qué justicia?

El hombre me miró sorprendido y se marchó de mi lado. Pocos minutos después, y sin que supiera muy bien qué hacer, me vi rodeado por seis hombres de más de cuarenta años y torvo aspecto. A mí alrededor, todo el mundo me dirigía miradas agresivas y se apartaba.

—No eres del pueblo. Aquí no pintas nada —me dijo uno de ellos. No eran unos niños y saltaba a las claras que no dejarían pasar una chulería—. Esto no va contigo, turista —añadió despectivo—. Márchate por las buenas, no sea que te ocurra una desgracia.

La cosa no auguraba nada bueno así que contesté:

—Está bien. Me voy.

Los hombres me siguieron a pocos pasos de distancia hasta mi coche. En un momento pude escuchar a uno: «Turbo, ¿por qué no le damos una lección?». Cuando me monté en el vehículo, el que se había dirigido a mí en la plaza, me tocó en la ventanilla. La bajé.

—Más vale que no *tornis mai mes*.

Durante el trayecto a Palma sentí una opresión en el pecho. No tanto por la clara amenaza de que no volviera más, con aquel *no tornis mai mes* tan mallorquín, sino porque, si aquello era lo que parecía, a aquellos marroquíes se los habían cepillado entre todos los del pueblo, en una especie de *re-make* de Fuenteovejuna. Me dirigí al *Barito*. Allí, como siempre, se encontraba Rafa detrás de la barra, con sus sempiternos mandil y pajarita. Es paradójico, pero los *dry Martinis* de Rafa me hacen ver las cosas más claras. Sin embargo, cuatro *dry Martinis* más tarde se volvió todo nebuloso, así que decidí dejar el coche allí y, dando tumbos, me fui hasta la Rambla, donde tuve que enseñar la placa al taxista para que aceptara llevarme a casa en aquel estado.

A la mañana siguiente, con una resaca monstruosa que ni siquiera el *Espidifen 600* logró apaciguar, me presenté en la comisaria. Preparé un informe detallado de todo lo que había ocurrido desde el día del primer aviso de Sinéad hasta mi inquietante experiencia de la noche anterior. No podía dejar las cosas así. Al menos tenía que intentar que se investigara. Si mis suposiciones eran ciertas, la Mallorca profunda se había tomado la justicia por su mano y eso no era admisible en pleno siglo XXI. Con el escrito en la mano, me levanté y me dirigí al despacho de Masanellas. Cuando me encontraba bajo el dintel de

su puerta, éste levantó la mirada y, como siempre, en voz alta para que todos los compañeros le pudieran oír, me dijo:

—Hombre, Cenizo. El implacable vengador de mininos. ¿Alguna nueva teoría desternillante sobre el misterioso asesino de gatos? — Se carcajeó.

A mis espaldas, escuché el eco de su risa entre los otros policías. Estrujé los papeles con rabia contenida y contesté:

—No, sólo quería decirle que bajo a tomar un café.

—No tardes —contestó—. Puede que alguien haya matado algún conejo.

Al escuchar nuevas risas, noté como el rostro se me ponía como la grana y me di la vuelta. Me dirigí al bar de enfrente y, entre sorbos al carajillo y caladas al *Marlboro*, me dediqué a hacer añicos el informe. Donde no hay beneficio, sólo puede haber perjuicio, pensé. A fin de cuentas, sí que podía dejar las cosas como estaban.

Una semana después, regresé a Lloseta. No me iba a dejar amedrentar por aquel *no tornis mai mes* hasta el punto de no volver al pueblo. Y tenía una pregunta que hacer a Sinéad. Llamé a su puerta. Esta vez sí me abrió. Le pregunté:

—¿Me invitas a un café?

Tras dos horas de gozoso recuerdo, tumbado de espaldas en la cama y mirando el enyesado techo, le hice la pregunta que no dejaba de darme vueltas a la cabeza:

—¿Por qué te gusta tanto la postura del misionero?

La noche más larga

DE FABRICIO DE POTESTAD

FABRICIO DE POTESTAD (San Sebastián, 1946). Es un psiquiatra, escritor y político español. Licenciado en Medicina y Cirugía, y especialista en Psiquiatría. Es Psicoanalista y master en Psicoterapia Analítica de Grupo por la Universidad de Deusto. Es autor de numerosas publicaciones científicas en revistas especializadas. En su faceta de escritor cabe reseñar sus más de 300 artículos de opinión publicados en diferentes medios periodísticos, como el Diario de Noticias de Navarra, Deia, Diario de Noticias de Álava, Diario de Noticias de Guipúzcoa, Diario de Navarra, Voz al Mundo, Diario siglo XXI, El Plural Digital, Filosofía mx o Diariocrítico. Es autor también de dos novelas: *Noche cerrada* (1999) y *El extraño predicador* (Ediciones Irreverentes) de dos libros de opinión: *Incursiones en la niebla* y *Nuestra respuesta social e institucional al manicomio de Pamplona* y de un ensayo: *Conciencia, libertad y alienación*. Ha colaborado en los libros: *Una historia de incompreensión exige negociar*, *Situations européennes de l'hebergement thérapeutique* y *Microantología del microrrelato*.

Terminó de desayunar. Bajó a la calle y se dirigió hacia su vehículo que tenía aparcado unos metros más allá de su portal. Apenas había gente en la calle. Consultó su reloj. Tenía el tiempo justo para llegar al trabajo.

—¿Es usted Igor Larramendi?

Se volvió al oír aquella voz. Se trataba de un joven alto, de cara alargada, mentón prominente y cabello moreno. Llevaba un anorak azul marino con el cuello alzado y ocultaba su mirada tras unas oscuras gafas de sol. Junto a él, otro joven, algo más bajo pero mucho más fornido, permanecía alerta.

—Somos de ETA. No ofrezca resistencia y venga con nosotros— le dijo mientras le sujetaba fuertemente por el brazo.

—Sí, de acuerdo— murmuró aterrizado. —Pero, ¿qué es lo que quieren de mí?

—Vamos armados. Una sola palabra y es hombre muerto.

Trató de pensar a toda velocidad. Aquellos hombres iban armados. Intentar escapar era prácticamente imposible. Y seguramente no dudarían en disparar. Era más prudente seguir sus instrucciones. Los jóvenes le conminaron a subir a un vehículo que estaba al ralentí, detenido en segunda fila. En su interior, una mujer de unos veinticinco años esperaba impaciente.

Le invadió el desánimo y se dejó llevar en silencio, resignado y totalmente entregado.

—Entre y échese al suelo. Y no se le ocurra moverse— le ordenó mientras abría la portezuela de atrás. Los dos jóvenes subieron rápidamente al coche, un Ford negro, matrícula de Bilbao. El joven más alto, que parecía el jefe del comando, pues era el que en todo momento daba las pertinentes instrucciones, le vendó los ojos y luego ordenó a la conductora que se pusiera en marcha. El coche arrancó a toda velocidad.

Igor Larramendi comprendió enseguida la gravedad de la situación. ETA era capaz de todo, por lo que si el Gobierno no se avenía a sus pretensiones, lo ejecutarían. Habían actuado con tanta rapidez que no podía sino recordar retazos dispersos del momento en que había sido secuestrado. Estaba trémulo y angustiado. Iba tumbado en el coche en una posición tan incómoda que apenas podía respirar. Más que el miedo y la incomodidad, que eran notables, lo que no podía soportar era llevar los ojos tapados. Su desconcierto iba en aumento porque no sabía dónde le llevaban, pero intuía que estaban saliendo de Pamplona, pues no se oía ruido alguno. El corazón le latía apresurado y empezaba a sentir que se ahogaba.

—Esté tranquilo. Llegaremos enseguida, así que esté tranquilo— Le dijo Eneko, el más alto de los dos jóvenes. Al menos, ese nombre fue el que utilizaron al dirigirse a él. El más fornido se hacía llamar Mikel y la mujer Iratxe. Aspiró fuertemente por la nariz y espiró por la boca suavemente, muy despacio y repetidas veces, tratando de calmarse un poco.

El coche abandonó la carretera y continuó por un camino de tierra. A la hora, aproximadamente, se detuvo el vehículo.

—Ya hemos llegado— dijo secamente la mujer.

Le cubrieron la cabeza con una manta y le hicieron salir del vehículo. No veía nada en absoluto.

—Camine. ¡Vamos, aprisa! —le ordenó Mikel.

Atravesaron un patio y tras subir tres escalones, le introdujeron en un caserío aparentemente abandonado en pleno campo. Cuando le quitaron la venda de los ojos, se dio cuenta de que estaba en un cuartucho de dos metros de largo por metro y medio de ancho. Había tan sólo un colchón en el suelo. Y una bombilla roja pendiente del techo, más bien bajo, apenas iluminaba el habitáculo. Unos instantes después, entró Mikel, algo menos crispado.

—Va a estar aquí unos días. Le traeremos agua y comida dos veces por día. Haga sus necesidades en ese balde. Sobre el colchón tie-

ne un pequeño neceser con algunas cosas que seguramente le serán de utilidad. Debe alimentarse. ¡Ah! Trate de moverse. Eso es todo, de momento.

No pudo sacar ninguna conclusión acerca de la ruta que habían seguido. Estaba totalmente desorientado. Era inconcebible que pudiera sobrevivir en aquel cuartucho de mala muerte, durmiendo en un colchón tirado en el suelo, sin apenas ventilación, pues tan sólo una corriente fría se colaba por una rejilla que había en el techo. Enseguida la sensación de ahogo desapareció y sólo quedó el miedo y la incertidumbre. Se sentó en el suelo, recostado contra la pared, encojido como un feto en el vientre de su madre. Una actitud ensimismada y ausente se fue apoderando de él, hasta el punto que parecía totalmente abandonado a su suerte.

Enterrado vivo en esa estrecha franja de espacio, un flujo de innumerables sensaciones, absolutamente nuevas para él, le asaltaban fatalmente. La vida se mostraba tan encarnizadamente cruel que presentía la muerte como algo inminente. Sólo le quedaba rezar, rezar, y rezar a Dios; quienquiera que fuese, y donde quiera que estuviese.

Llevaba diez días encerrado que habían sido durísimos. Los secuestradores hablaban entre ellos en euskera, por lo que apenas les entendía. Estaba totalmente desconectado del exterior y sin noticia alguna de cuales eran las intenciones de los secuestradores ni sus posibles pretensiones. Privado de libertad por la fuerza, confinado en cuchitril inhumano, rebajado y humillado, la situación era insostenible. La comida era, además, mala y casi siempre se la servían fría.

Apretó los puños con fuerza, dispuesto a no dejarse aplastar. Así comenzó un nuevo día, con este acto probablemente inútil. Después, camino una hora aproximadamente e hizo algunas flexiones de brazos y piernas. Debía pensar, vivir de sus recuerdos, sobrevivir en el pasado. Sin embargo, en la medida en que iban sucediéndose los días, era cada vez era más difícil detenerse en un recuerdo. Permanecía inmóvil, aturdido, impotente, con el corazón enajenado y la mente

vacía, incapaz de encontrar una explicación lógica a su absurda situación. Al fin y al cabo no era más que un simple y desconocido concejal del Ayuntamiento de Pamplona, que ni tan siquiera gobernaba, pues estaba en la oposición.

Veinte días encerrado en aquel destartelado zulo, asfixiante, y deprimente, sumido en una angustiosa espera, un pánico horrible fue apoderándose de él. El día era largo, las horas interminables y la pasividad se hacía intolerable. Al final, cuando llegaba la noche, hasta los recuerdos se agotaban. Recuerdo y fabulación se confundían, se mezclaban caprichosamente de forma extraña y surrealista. Jamás hubiera sospechado la sucesión de imágenes desoladoras y todo el horror que embarga a un ser humano secuestrado. Alejado del mundo, no era más que basura inútil. La incertidumbre llegaba a ser abrumadora. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquella pesadilla? ¿Saldría vivo de allí? ¿Se volvería loco? Eran las preguntas que le martilleaban la mente.

Pasaba todo el día solo. Los secuestradores, encapuchados, sólo entraban al zulo para traerle la comida. El alguna ocasión, le dejaron algún periódico convenientemente censurado. Las largas horas de rutina y aburrimiento, paseando todo el día su miseria de un rincón a otro, más o menos consciente del fatal desenlace, se hacían insoportables. La aniquilación era lenta e inexorable. Iba paulatinamente perdiendo la condición de ser humano. Pasados dos meses, llegó a desear la muerte. Pero faltaba algo: el grito final, el estremecimiento definitivo, el sentido último de lo irreparable, la autenticidad de la muerte misma. Sin embargo, seguía vivo.

Días después, uno de los secuestradores le trajo unos útiles de aseo y un espejo para que se arreglara. En el espejo, Igor Larramendi, vio a un hombre fantasmal, demacrado, con el cabello sucio y mustio, los ojos atónitos y hundidos, la nariz afilada y una palidez casi cérea. Un cadáver no hubiera parecido más muerto.

Una mirada amable, una sonrisa, una palabra tierna o una caricia se habían convertido en deseos tan urgentes como inasequibles. Sin